

## THOMAS CREIGHTON Y EL PEZ DE AGUA CALIENTE



En su número 117, *L'Architecture d'Aujourd'hui* publica una serie de artículos de diferentes autores, dedicados a exponer sus puntos de vista sobre el estado actual de la Crítica de Arquitectura.

Este es un tema fundamental, desde luego, para la vida de nuestras Arquitecturas y particularmente decisivo para tratar de iluminar un poco el camino de las Revistas. Así, pues, me parece conveniente, en primer lugar, aplaudir la iniciativa de la revista francesa, y después señalar un punto de vista personal sobre uno de los trabajos de dicha publicación: el de T. Creighton.

Thomas Creighton es un arquitecto americano del cual, particularmente, tengo noticia por primera vez. Ha sido director durante largos años de la revista *Progressive Architecture* y en la actualidad se dedica exclusivamente a su oficio. Estos son todos los datos que tengo, y los tomo, repito, así como cuantas citas voy a hacer de él, de la traducción que publica *L'Architecture d'Aujourd'hui*, 117.

Debo decir para empezar, y sin desprestigiar a nadie, que el trabajo a que me refiero es el más claro, ordenado y sincero de cuantos conozco sobre el tema.

Lo estimo, por otra parte, de una estupenda oportunidad, y creo que ha sido una verdadera suerte conocer tan firmes puntos de vista, expuestos de un modo tan rotundo como breve, en un momento en el que el confucionismo ha caído como una manta sobre el pensamiento de la arquitectura actual y en particular sobre las posibles orientaciones para lograr una crítica rigurosa.

Creighton va aún más lejos, y afirma violentamente que nunca ha existido una auténtica Crítica de la Arquitectura. Voy, pues, a resumir brevemente su exposición:

"En todo lo que se ha escrito hasta el presente sobre Arquitectura no se encuentra ningún método plenamente satisfactorio para abordar la crítica de este arte y de sus obras.

"Desde las meditaciones de Platón hasta las esclarecidas opiniones de André Bloc todo el análisis de la Arquitectura, escrito o verbal, resulta limitado y fragmentario; y esto por diversas razones.

"Y para recalcar la audacia de esta declaración perentoria, yo añadiría que lo que queda actualmente de la crítica arquitectónica es agresivo, inepto, salpicado de cosas revueltas, mezquino, o, en el mejor de los casos, una desgraciada tentativa de exploración."

Las razones que aduce para justificar esta afirmación son las siguientes:

"1.<sup>a</sup> La Arquitectura no ha sido jamás claramente distinguida de las demás artes.

"2.<sup>a</sup> Carentes de sólidos fundamentos filosóficos, los críticos practicantes cogen sus propios procedimientos y sus propios criterios, lo cual les lleva a acentuar tal cualidad arquitectónica con la exclusión de cualquier otra, o bien a fundamentar su juicio sobre una sola escala de valores, olvidando que existen otras."

(Señala después cómo a Zevi le preocupa el espacio; a Peressuti, el contenido social; a Mumford, el urbanismo; a Jacobs, el movimiento; a Banham, la técnica...)

"Es necesario, pues, volver atrás para establecer un cierto número de criterios y conjuntarlos en un sistema coherente, en un método o, al menos, en una metodología... ¿Qué método? ¿Con qué criterios?"

"Contestemos a estas preguntas con orden, puesto que, por sorprendente que parezca, nos hallamos en terreno virgen. Procedamos por etapas sucesivas:

"1.<sup>a</sup> Es necesario establecer la diferencia entre los perfiles distintivos de una obra arquitectónica y los cuadros de valores que nos permiten valorar estos perfiles."

"2.<sup>a</sup> Para tener la certeza de no olvidar nada entre los distintos elementos, hagamos dos listas

tan completas como sea posible: una será la enumeración de los elementos que se ven; la otra será una lista de las diferentes maneras de valorar estos elementos."

"3.<sup>a</sup> Nuestra lista de características (en un edificio o en una ciudad) será establecida en un orden lógico: dejemos a Zevi su espacio, a Banham su técnica y a Kahn su forma, pero coloquemos correctamente a los unos en relación con los otros."

"Antes que nada el concepto, la idea (si es visible); vendrán después la forma, los espacios, la organización, los detalles del proyecto, las propiedades físicas y técnicas, el orden de composición."

"Todo esto constituye ya un ejercicio extremadamente saludable."

"4.<sup>a</sup> Abordemos después el establecimiento de nuestra tabla de valores. En ella deberán figurar, con igual importancia, los términos para medir la economía, el rendimiento, las cualidades funcionales, la utilidad social, las cualidades de forma y de composición, el impacto visual, el valor ideológico y todos los demás patrones que permiten medir los valores estéticos: placer, belleza, etc."

"5.<sup>a</sup> Llevando más lejos nuestro ejercicio, llegaremos hasta una serie de juicios de valores eclécticos absolutos y objetivos. ¿Cuánto vale el impacto visual de la forma de un edificio? ¿Cuál es el valor funcional obtenido por el uso de tal sistema de estructura?"

"Cada elemento característico, pudiendo ser "pesado" con precisión sobre cada balanza de valores, proporcionará una serie de resultados positivos, negativos o intermedios."

Una vez expuesto este proceso, Creighton sale al paso de las posibles objeciones que al respecto de exceso de metodismo o de procedimiento puramente mecanicista pudieran plantearsele:

"Toda formulación de una crítica por un profesional, a pesar de su aparente espontaneidad, está basada en el subconsciente sobre una disciplina y un sistema."

Y añade algo más fino: "Toda crítica, en el mejor sentido de la palabra, es un acto creador", proponiendo después como apoyo de su razonamiento el ejemplo del violinista. "El que practica el arte de la valoración perceptiva debe adquirir una disciplina de pensamiento que aplicará después inconscientemente..."

Termina Creighton su trabajo insistiendo en su idea fundamental:

"En resumen, y por citar algunos ejemplos, es necesario reconocer que Lewis Mumford, en sus ensayos críticos sobre nuestras ciudades, emplea un vocabulario de valores sociales; que Jane Jacobs aplica a sus valoraciones una especie de baremo de valores cinéticos; que Levin Lynch se expresa en términos de valores visuales. Es ciertamente excelente que cada uno afirme así sus opiniones con fuerza, y es bueno también que nosotros tomemos conocimiento de ellas, pero sería peligroso que el gran público tuviera estos escritos por lo que no son: a saber, una apreciación completa y válida de la arquitectura y del urbanismo."

"Yo desearía, por mi parte, que estos autores definiesen con una mayor sinceridad sus propias premisas, su elección de objetos y de criterios."

"En lo que se refiere a los arquitectos, que se ocupen ellos de la Arquitectura ejercitando sus talentos críticos para una más justa apreciación de sus propias obras y que aboguen por la creación de una corporación de críticos profesionales independientes."

Hasta aquí me he limitado prácticamente a traducir casi la totalidad del trabajo de Creighton (es difícil espigar en un ensayo corto y apretado, seguramente fruto de la experiencia de muchos años de labor crítica, porque llega un momento en que todo parece interesante y se pierde pronto el hilo de lo que importa más).

Voy a tratar ahora, pues, de buscar en los dos aspectos que admite el verbo criticar—transitivo y reflexivo—algo que traiga al terreno de nuestra arquitectura aquella agudeza y precisión que tanto nos conviene y que salta a la vista desde el trabajo que vengo a comentar.

Creighton fundamenta toda su tesis en una afirmación, a mi juicio, tan clara como sensacional. De ella se deriva luego su intento de búsqueda de un sistema coherente en el que apoyar con el mayor rigor una Crítica de Arquitectura: "La Arquitectura no ha sido nunca distinguida claramente de las demás artes."

Es evidente que el Funcionalismo no descubrió que la finalidad primordial de la Arquitectura era servir a unas funciones vitales del hombre.

A mi entender lo que hizo fué situar en primer lugar, dentro de la escala de necesidades humanas, unas determinadas funciones del hombre, concretamente las materiales.

Pero parece claro que, en rigor, el Funcionalismo ha existido siempre. Desde los tiempos de las cavernas hasta que se acabe el mundo.

Sin embargo, es de ver cómo este aspecto esencial de la Arquitectura, como servicio a las necesidades del hombre, no se ha aplicado en la crítica de todas las arquitecturas.

Esto lo digo, más bien, con la intención de abundar el comentario, a mi juicio aplastante, de Creighton, que añade: "Los trazos distintivos de un conjunto construido, creado para satisfacer las necesidades sociales ofreciendo espacios interiores utilizables, no han sido examinados en sí mismos, separándolos de las cualidades puramente visuales y plásticas de una pintura o una escultura, y éste fué el defecto de Aristóteles, tanto como el de Kant, el de Wölfflin o, más entre nosotros, de Santayana, Fry, Langer, o sir Herbert Read."

De otra parte, la protesta de Creighton sobre la unilateralidad de las posturas en los críticos profesionales, todos ellos de primera línea, complementa—derivándose de la primera afirmación—la base para iniciar un sistema más completo de crítica de arquitectura.

¿Qué interés puede tener para nosotros el iniciar una crítica de cada una de las etapas que propone Creighton como escalones para llegar a la metodología que pretende?

Pienso que tiene un interés, a mi juicio, francamente notable, pero, al propio tiempo, parece claro que cada una de estas etapas se prestará, como él mismo sospecha, a una verdadera avalancha de sugerencias y controversias.

Personalmente estimo—aunque me declaro partidario de todos y cada uno de sus puntos de vista—que el interés general más acuciante para nosotros no sea tal vez la solución a la búsqueda del método, sino, precisamente, aquella valiente, inteligente y oportuna llamada de atención sobre la falta del mismo. Así, pues, veamos más bien las consecuencias de esta falta o la necesidad perentoria de un sistema para los problemas de nuestra arquitectura.

¿Por qué estimamos absolutamente urgente revitalizar y actualizar la Crítica de Arquitectura?  
Porque atañe a los siguientes puntos vitales de nuestra profesión:

## LA FORMACION DEL ARQUITECTO: DOCTRINA Y CRITICA

Actualmente preocupa a todo el mundo el problema de la formación del arquitecto. En la cual formación es pieza clave el arte de proyectar. Sobre este campo concreto es, a mi juicio, decisiva la Crítica de Arquitectura.

La labor del maestro es en todo momento de crítica, y aquel sabor de ataque, en cierto modo bastardo, que entre arquitectos tiene la palabra, se pierde en las relaciones maestro-discípulo. Así, pues, si se mantiene en toda su pureza será el fundamento de la labor docente. Frente a la postura de apoyar la enseñanza en la exposición de una doctrina se presenta la abierta actitud receptiva de las diferentes tendencias arquitectónicas.

Tal vez, por fortuna, nuestra Arquitectura del momento carece de una doctrina específica, aunque por cierto aparece materialmente cuajada de doctrinarios.

Es, pues, de primera necesidad establecer unas bases serias de crítica de métodos y criterios de selección, dejando a un lado las preferencias privadas del maestro, el cual deberá distinguir muy claramente entre su labor como pedagogo y su labor como profesional de la Arquitectura.

(Sería cosa de pensar a fondo si a veces no convendría que algún maestro no fuera profesional de la Arquitectura.)

(De no adoptar esta actitud, el maestro se convertirá en un doctrinario; y, personalmente, no creo en la doctrina de que ninguno de los que viven como maestros de Arquitectura sean capaces de tener doctrina propia.)

(En el mejor de los casos, su actuación de carecer de una crítica con un sistema completo será siempre unilateral, y esto es lo que produce los pseudogenios de los que se viene hablando tanto últimamente.)

El sistema particular de Creighton a base de escalas de valores, aunque de arrancada no sea totalmente nuevo, lo es en cuanto que distingue entre los perfiles distintivos de una obra y las escalas de valores que sirven para estimarlos.

Esto es lo importante.

Más arriba dije algo de los dos matices que pueda admitir el verbo castellano "criticar". Es decir, jugando como transitivo y como reflexivo.

Como transitivo corresponde al maestro: "criticar a" y como reflexivo, corresponde a los dos, o sea al maestro y al alumno: "criticarse".

(A propósito de esto, me acuerdo de haber oído distinguir entre dos de los dones del Espíritu Santo: don de entendimiento y don de sabiduría.

Parece ser que no son cosas enteramente iguales. Don de entendimiento debe equivaler, más o menos, a don de inteligencia; y don de sabiduría significa aquella gracia especial para saber discernir entre lo que es importante y lo que no lo es. Esto último, a mi entender, es el verdadero nervio de la crítica de cualquier tema, y desde luego es la base de la crítica de Arquitectura en sus sentidos transitivo y reflexivo.)

## LA LABOR PROFESIONAL DEL ARQUITECTO

No pretendo hacer aquí el menor comentario a la crítica de Arquitectura hecha en España en la actualidad por profesionales de la pluma; sólo diré dos cosas: 1.<sup>a</sup> que, en general, escasea, y 2.<sup>a</sup> que lo que se escribe no suele gustar a los profesionales de la Arquitectura.

De las críticas entre arquitectos puede decirse, seguramente, lo mismo que viene escribiendo Creighton a propósito de su comentario a los trabajos de críticos tan importantes como Mumford, Jacobs y Lynch, es decir, que no suelen ser una apreciación completa y válida de la arquitectura y del urbanismo. Esto en el mejor de los casos.

Es, a mi parecer, algo problemática la segunda parte del consejo que da a los arquitectos: que "aboguen por la constitución de una corporación de críticos profesionales independientes". Al menos en nuestro país.

(Resulta, de otra parte, incuestionable considerar que sea de primera necesidad el acto de ejercitación del talento crítico personal para la mejor apreciación de las propias obras. Pero éste es un aspecto que, como planteamiento general del tema, alcanza menor interés.)

Es de tener en cuenta también, como se sabe, que la formación del arquitecto no termina en la Escuela y que continúa, a mi juicio, durante toda la vida. En estas circunstancias, pues, existe una corriente de enseñanza, voluntaria o involuntaria, que corre de arriba abajo desde aquella lista de maestros que se trae aprendida a partir de la Escuela, y los cuales, uno a uno, con el paso de los años, son sometidos a revisión.

(Me refiero a maestros del país, que son a los que se les ven las obras más a menudo.)

Estas revisiones suelen estar, por lo general, determinadas por muchas circunstancias especiales que vienen aún a complicar el cuadro de valores que recomienda Creighton. Pero sea como fuere, resulta claro que no están, en la mayoría de los casos, presididas por aquella disciplina y rigor necesarios para obtener un juicio válido y completo.

Es ésta, a mi entender, una de las más notables causas del confucionismo que desciende, también por gravedad, hasta las Escuelas.

## CONCLUSION

Thomas Creighton, a partir de su ataque o los métodos de la crítica de Arquitectura, expone sus bases para tratar de lograr una crítica metodológica de mayor amplitud y validez.

Thomas Creighton protesta de algunos puntos de vista de personas que todos conocemos. No le gusta el sistema que emplean. Desde Platón a André Bloc.

A mí, particularmente, me convence. Me parece que Creighton tiene razón. Creo yo.

Se afirma valientemente y propone su plan.

Thomas Creighton se ha retirado de la crítica para dedicarse a su oficio de arquitecto.

Recomienda al arquitecto que se dedique a sus obras. Que emplee su talento crítico para sí mismo.

Thomas Creighton tiene, vamos a suponer, un pájaro en una jaula y lo deja volar. Un día lo suelta y le deja que se vaya a volar por ahí. Y se queda sin pájaro.

A lo mejor en vez de un pájaro tiene un pez de río. Y coge un día al pez y lo suelta en el lago del parque. Así que se queda sin pez.

Esto lo puede hacer cualquiera con cualquier animal que tenga y que le dé por dejarlo libre.

Pero como alguien tenga un día un pez de agua caliente y lo quiera dejar libre, no tendrá dónde soltarlo.

A mí me parece que nosotros tenemos un pez de agua caliente.

Francisco de Inza.